

la causa, se quita el pecado; y ojos que no ven, corazon que no quiebra; y mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos.—No mas refranes, Sancho, dijo Don Quijote; pues, cualquiera de los que has dicho, basta para dar á entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado, que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero paréceme que es predicar en desierto; y castigame mi madre, y yo trompógelas.—Paréceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: *dijo la sartén á la caldera: ¡quitate allá, ojinegra!* ¡Estáme reprendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos!—Mira, Sancho, respondió Don Quijote: yo traigo los refranes á propósito, y vienen, cuando los digo, como anillo en el dedo; pero tráelos tú tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guias: y, si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulacion de nuestros antiguos sábios; y, el refran que no viene á propósito, antes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto; y, pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algun trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana.” Retiráronse; cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballería, usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de Don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de Don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de dia, ni siempre de noche; y así, pasó aquella durmiendo, y su amo velando.

CAPÍTULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote.

ERA la noche algo oscura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista; que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles oscuros. Cumplió Don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexion y pocos cuidados. Los de Don Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dijo: “¡Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion! Yo imagino, que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes; yo lloro cuando cantas; yo me desmayo de ayuno, cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desvíate algun trecho de aquí, y con buen ánimo, y denuedo agradecido, date trescientos ó cuatrocientos azotes, á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea: y esto, rogando te lo suplico; que no quiero venir contigo á los brazos, como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Despues que te hayas dado, pasaremos lo que resta de la noche cantando, yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde ahora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea.—Señor,